

## **DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO**

**1ª lectura** (Baruc, 5, 1-9): *Vístete de galas perpetuas.*

**Salmo** (125, 1-2ab.2cd-3.4-5.6): *«El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres»*

**2ª lectura** (Filipenses, 1, 4-6.8-11): *Que vuestro amor siga creciendo más y más.*

**Evangelio** (Lucas 3, 1-6): *Preparad el camino del Señor.*

Para los amantes de la historia antigua el inicio de este evangelio es impresionante. Al modo de los historiadores griegos Lucas inicia magistralmente su crónica histórica bajo la cronología del imperio romano que era quien gobernaba Palestina. Pero no nos equivoquemos, ni el evangelio de Lucas ni la Biblia son relatos históricos, sino que son ante todo relatos de fe. Sin embargo, el elemento histórico tampoco es irrelevante, al contrario, ya que el Señor Jesús se ha encarnado en un momento concreto de la historia de la humanidad, según la cronología que nos ofrece Lucas podríamos ofrecer la fecha del año 27 o 28 d.C.

Para hablar de Jesús antes hay que hablar del hijo de Zacarías, Juan. Y Lucas nos indica cómo a Juan también tenemos que comprenderlo en esa corriente de los profetas que tanto lucharon por reconducir al pueblo de Israel hacia Dios. Por eso decimos que Juan es el último profeta del Antiguo Testamento y el primero del Nuevo Testamento. Pero antes que él hubo muchos, de 15 de ellos guardamos un libro con su mensaje en la Biblia. ¿Qué nos enseña esto? Que Dios no se cansó de suscitar profetas para que fueran los portavoces de su mensaje a lo largo de muchos siglos de historia.

A la infidelidad del pueblo de Israel Dios siempre pagó con su perdón, su fidelidad y el envío de sus profetas para que fueran heraldos de esperanza. Una vez que llegue Jesús, aquellos desaparecerán ya que Jesús encarna en plenitud la misión de Juan y de todos los que le precedieron. Juan predicaba un bautismo de conversión para el perdón de los pecados, aquellos que se acercaban hasta él sabían que habían errado y querían empezar de nuevo.

No era un bautismo definitivo, era un rito purificador al que Juan le dio una característica de “*preparatorio*” de un acontecimiento mayor, la venida del Señor Jesús. Juan sabe que es el más pequeño de los hombres, pero ha recibido la misión de anunciar la llegada del más grande, del Hijo de Dios. Y eso no es cualquier cosa, hay que prepararlo bien.

Y hay que prepararse bien. Por eso la preparación que nos propone Juan se resume en una serie de acciones: **«allanad los senderos, rebajar los montes y colinas, enderezad lo torcido»**. Estas acciones las debemos hacer cada uno para recibir mejor al Señor. Cada uno tenemos que descubrir qué hay que allanar, qué rebajar, qué enderezar en nuestra vida. Y aplicarnos a la tarea.

Por el desierto, lugar de soledad y silencio lejos del ajetreo y ruido de la ciudad, hay que pasar a las superficies ásperas y desiguales de las regiones del espíritu. Juan habla de las superficies interiores del alma y corazón. Allí puede haber montañas inaccesibles y valles como abismos, senderos tortuosos en mal estado que dificultan o imposibilitan la comunicación de los corazones. Una montaña o un valle ponen distancias por medio, separan, si es que ya no impiden totalmente la comunicación y lo mismo sucede con las carreteras en mal estado.

Los “*montes*” de que aquí metafóricamente se habla y que es necesario allanar, son todo lo que en mí se eleva sobre los demás distanciándome de ellos. Puede llamarse orgullo, rivalidades, envidias... todo eso que corta la comunicación humana entre los corazones y alejan también de Dios.

Los “*valles*” son apatía, amarguras en solitario, depresión ante nuestras propias sombras no aceptadas, ante lo negativo que hay en nosotros. Tienen función negativa, hacen imposible la alegría del espíritu necesaria para recibir al que viene.

También los “*senderos*” son vías de comunicación y, si son tortuosos, hay que eliminar curvas: que **«lo tortuoso se haga recto»**. Rectitud es sinceridad de conciencia consigo y sinceridad de corazón con los demás. Es corregir errores de experiencias pasadas, proceder con rectitud y justicia en su doble acepción de relaciones de equidad con el prójimo y de santidad ante Dios.

La espera del Adviento no es, por tanto, una espera pasiva sino preparación laboriosa. La preparación que se nos pide es entrenamiento espiritual, ascética. La penitencia del Adviento no es simplemente privación ni imposiciones. Más bien consiste en eliminar todo lo que nos separa del prójimo, nos distancia de Dios y dificulta sus caminos.

Pablo nos pone a la comunidad cristiana de Filipos (2ª lectura), como de un ejemplo a seguir. Su vida nos la describe como un continuo crecimiento. La perfección cristiana no es un logro conseguido de una vez para siempre. Pablo propone el crecimiento espiritual como modelo de toda convivencia humana. Es maduración apreciativa de los valores sin definirse injustamente sobre la conducta ajena. “*Caridad*” no es ceguera, pero las primeras impresiones necesitan ser sometidas a reflexión antes de formular un juicio. Además, “*benevolencia*” que es disposición de comprensión. “*Afabilidad*” en las palabras para evitar fricciones. Y “*servicialidad*” a ejemplo de Jesús. Esta es la preparación de los caminos del Señor para celebrar en cristiano la Navidad.